

Mirabai Starr

Dios de amor

*Una guía al corazón del judaísmo, el cristianismo
y el islam*

Prólogo de

MARDÍA HERRERO

Traducción del inglés

MARIELLA FERRECCIO GETE

EDITORIAL ESPACIO RONDA

Título original: *God of Love. A guide to the heart of Judaism, Christianity and Islam* © 2012 por Mirabai Starr y publicado con el permiso de Monkfish Book Publishing Company.

22 E. Market St., Suite 304 Rhinebeck, New York 12572.

© Del texto: Mirabai Starr, 2012

© De la traducción: Mariella Ferreccio Gete

© De la corrección: María Jesús García González

© Del diseño: Grabado de Luis Navarro y logotipo de Juli Sasaki

© De la edición: Editorial Espacio Ronda, S.L. 2023.

Ronda de Segovia, 50 - 28005, Madrid

© «Odas de Salomón» extraído de *The Enlightened Heart: An Anthology of Sacred Poetry*, copyright (c) 1989 de Stephen Mitchell. Reimpreso con la autorización de HarperCollinsPublishers.

www.espacioronda.com

editorial@espacioronda.com

ISBN: 978-84-123531-4-3

Depósito Legal: M-18203-2024

Primera edición: Octubre 2024

Imprime: Cofás Artes Gráficas

Impreso en España

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*Para Maharaj-ji, mi amado Baba
que nos enseña que Todo es Uno*

Índice

PRÓLOGO <i>Mardía Herrero</i>	11
INTRODUCCIÓN	15
HACIA EL ÚNICO	27
TODA LA CREACIÓN ALABA A DIOS	39
PROFETAS REACIOS	53
EL ANHELO POR EL AMADO	69
ASOMBRO RADICAL	83
ACOGER AL EXTRANJERO	99
SERVICIO SAGRADO	119
MISERICORDIA	147
PRESENCIA INTERIOR	173
LA VOCECITA	191
FUEGO Y VINO	213
EPÍLOGO	231
AGRADECIMIENTOS	243
NOTAS	247
LECTURAS RECOMENDADAS	253

INTRODUCCIÓN

La búsqueda interespiritual

*Todos los que te aman son hermosos;
se llenan de tu presencia
para que solamente puedan hacer el bien.
Hay un espacio infinito en tu jardín;
todos los hombres, todas las mujeres
son bienvenidos aquí;
tan solo tienen que entrar.*

— Las odas y salmos de Salomón

*Dios es amor, y quien permanece en el amor
permanece en Dios, y Dios en él.*

— 1 Juan 4,16

*¡Oh, maravilla! Un jardín entre las llamas.
Mi corazón se ha hecho capaz de todas las formas.
Es pradera para las gacelas y monasterio para los monjes,
templo para los ídolos y Ka'ba del peregrino,
tablas de la Torá y libro del Corán.
Profeso la religión del Amor
y cualquier dirección que tome su montura,
el Amor es mi religión y mi fe.*

— Ibn Arabi, *Oh, maravilla*

*Profeso la religión del amor,
el amor es mi religión y mi fe.*

Mi madre es amor,

mi padre es amor,

mi profeta es amor,

mi Dios es amor.

Soy un hijo del amor.

Solo he venido a hablar de amor.

— Yalal ad-Din Muhammad Rumi, *Profeso la
religión del amor*

Desde que era una niña, me he sentido atraída por el corazón vivo de todas las tradiciones espirituales que he conocido. Como un caminante nocturno que encuentra un santuario en el bosque, miro a través de la vidriera, deseando entrar y postrarme ante el resplandeciente altar de su interior.

Mi mirada se cruza con la del hombre o la mujer que mantiene encendido el fuego allí, una persona ataviada adecuadamente con las vestimentas de su credo. Sonreímos y nos saludamos con la cabeza en un acuerdo mudo: su tarea es atender ese hogar; la mía, seguir adelante, cartografiar el terreno, marcar cada lugar de descanso y bendecir el desierto que hay en medio.

Esta poderosa atracción por la religión no tiene sentido. De hecho, durante gran parte de mi vida me avergonzó. Crecí en el seno de una familia judía no religiosa, en la que

mis padres defendían a ultranza la renuncia a la religión organizada, basándose en que las instituciones religiosas habían sido responsables de las violaciones más horribles de los derechos humanos —y del propio planeta— en la historia de la supuesta civilización. Sus reproches se dirigían especialmente a las tradiciones judeocristianas y su glorificación de un Dios-Padre maltratador que siempre castiga a sus hijos en arrebatos de furia divina.

Cuando empecé a estudiar y practicar las tradiciones espirituales orientales con maestros nacidos en Occidente —refugiados de sus propios orígenes judíos y cristianos—, descubrí que el Dios de mis antepasados quedaba igualmente descartado. Sin embargo, estos mismos guías espirituales no pudieron resistir el impulso de desgranar los Testamentos, Antiguo y Nuevo, y emerger con vibrantes enseñanzas de sabiduría que trascienden el dogma y llegan directamente al corazón. Mis maestros budistas e hindúes tejieron estos brillantes hilos occidentales en sus charlas y libros.

En solidaridad con mi familia no teísta, intenté cultivar una actitud general de condena hacia todas las instituciones religiosas por ser ingenuas, patriarcales y potencialmente peligrosas. Sin embargo, una sola línea del Cantar de los Cantares, del Evangelio de Juan o de la poesía de Rumi hacía que mi corazón se abriera y se elevara hacia un Dios en el que no me atrevía a creer. Lo que me parecía irresistible era la unidad esencial que había en el fondo de toda esa diversidad; cada tradición religiosa entonaba la misma canción con una voz deliciosamente diferente: Dios es amor.

Con el tiempo, el conflicto interior entre escepticismo y devoción se disolvió. Me reconcilé con la paradoja: reconocía los trágicos abusos de la autoridad religiosa en la historia y la actualidad, al tiempo que caía de rodillas asombrada por la impresionante belleza que encierra la poesía mística de cada tradición y el poder redentor de sus enseñanzas sobre la paz y la justicia.

Me fui de casa en la adolescencia y me mudé a la Fundación Lama, una comunidad espiritual intencional en las montañas del norte de Nuevo México, donde Ram Dass creó *Aquí ahora*, el libro pionero que trasladó tres mil años de pensamiento oriental a la lengua vernácula de los Estados Unidos de hoy y que llevó a toda una generación a un viaje hacia el despertar.

En Lama conocí las principales tradiciones espirituales del mundo y otras menos conocidas. Canté el nombre de Dios en árabe con sufíes apasionados, en sánscrito con hindúes extáticos, en hebreo con cabalistas y en latín con místicos cristianos. Participé en cabañas de sudor de nativos americanos y en retiros de meditación budista en silencio. Conocí a yoguis y swamis, lamas y roshis, jeques y murshidas, rabinos progresistas y sacerdotes radicales. Me inicié en al menos cuatro linajes diferentes que tradicionalmente han deseado erradicarse entre sí de la faz de la tierra. En Lama, todas las tradiciones religiosas eran bienvenidas como medios igualmente válidos para construir una relación con la Divinidad. Lama lo arruinó todo para mí. ¿Cómo podía comprometerme con un único camino después de haber visto la sagrada belleza que brilla desde el corazón de cada una de las casas de Dios?

Desde entonces, mi tarea ha sido clara: ayudar a tender puentes entre las religiones del mundo. Como escritora espiritual y traductora de los místicos cristianos españoles, profesora de estudios religiosos y practicante de muchas tradiciones espirituales, he pasado mi vida respondiendo a la llamada de honrar la diversidad y celebrar la unidad entre todos los caminos que nos llevan al hogar del amor.

Puedo identificarme con casi todas las orientaciones religiosas del planeta (incluido el agnosticismo). Voy abrazando mi herencia judía de forma más plena a medida que me hago mayor, observando el Shabat (*sabbat*) semanal y reservando un tiempo sagrado cada otoño para celebrar los Altos Días Sagrados con mi comunidad. He estado vinculada al sufismo desde que conocí las enseñanzas de Murshid Samuel Lewis y Hazrat Inayat Khan cuando era adolescente y experimenté el éxtasis de las danzas de la Paz Universal y el *zikr*. La filosofía del budismo tiene más sentido para mí que cualquier otro camino, y llevo más de treinta años practicando la meditación de atención plena. Creo que Jesucristo era algo más que un rabino muy sabio y un hombre agradable: siento en mi corazón que fue un verdadero recipiente de la Divinidad y que sigue manteniendo esa luz en este mundo, así que supongo que eso me convierte en una especie de cristiana. Soy devota del santo indio Neem Karoli Baba, cuyo linaje era hindú, desde el momento en que vi su retrato por primera vez en 1972, y siento que ha guiado mis pasos a lo largo de mi vida; él fue el primero en presentarme —a mí, una judía-sufí-budista— a Cristo y a la Madre María, ¡los temas principales de todos los libros que he escrito y traducido!

Estados Unidos es la tierra del consumidor. No solo nos aprovisionamos de la mayor parte de los recursos de la Tierra mientras el resto del mundo lucha por conseguir la próxima comida, sino que somos una cultura de aficionados: nos interesamos por esta tradición religiosa y por aquella otra, cantando «om» al final de la clase de yoga, encargando el último libro sobre cómo cultivar la prosperidad a través del pensamiento positivo, apuntándonos a un taller de fin de semana sobre sexo tántrico o viajes chamánicos. Estamos acostumbrados a tratar la vida espiritual como una mercancía más, en lugar de como una disciplina de transformación interior con el correspondiente compromiso de aliviar el sufrimiento en el mundo. Sin embargo, un compromiso auténtico con la sabiduría perenne que yace en el corazón del pozo significa que debemos saltar desde el brocal y zambullirnos en lo desconocido.

El difunto hermano Wayne Teasdale acuñó el término «interespiritual» para describir «el corazón místico compartido que late en el centro de las tradiciones espirituales más profundas del mundo» (*The Mystic Heart*, 2001). Esta perspectiva abarca un ámbito mucho más amplio de experiencias religiosas compartidas que su predecesor, el movimiento «interreligioso», que se centra más en el diálogo entre las religiones institucionalizadas establecidas que en un mestizaje de su corazón común. El auténtico diálogo interespiritual exige que nos adentremos profundamente en nuestro conocimiento interior y nos dispongamos a realizar el duro trabajo de la comprensión. Requiere que

no solo estudiemos y analicemos religiones distintas de la nuestra, sino que nos comprometamos con una práctica disciplinada en más de una tradición, sumergiéndonos en el pozo de sabiduría que ofrecen, permitiendo que estos encuentros nos cambien desde dentro.

Las escrituras sagradas de todas las tradiciones religiosas nos llaman a amar como nunca antes hemos amado. Esto requiere esfuerzo, vigilancia y humildad radical. La violencia es más fácil que la no violencia, pero el odio solo perpetúa el odio. Las enseñanzas de la sabiduría nos recuerdan que el amor —activo, comprometido, valiente— es la única forma de salvarnos a nosotros mismos y a los demás de la tormenta de guerra que nos rodea. Esta tarea es ahora más urgente que nunca. Se nos pide no solo que toleremos al otro, sino también que nos comprometamos activamente con el amor que transmuta el plomo de la ignorancia y el odio en el oro de la auténtica conexión. Esta es la «puerta estrecha» de la que habla Cristo en los evangelios. No vengas por aquí a menos que estés dispuesto a ceder, inclinarte y transformarte por amor.

Dios de amor rinde homenaje a las enseñanzas místicas y de justicia social que constituyen el núcleo común de las tres grandes religiones monoteístas del mundo: judaísmo, cristianismo e islam. En lugar de quitarle la capa superficial a cada credo y homogeneizarlos hasta hacerlos irreconocibles, buscamos aquellas enseñanzas y prácticas que nos unen, en lugar de dividirnos. En un mundo fracturado por una demonización siempre renovada del «otro», y alimentado por antiguos malentendidos entre los Hijos de

Abraham, tengo la esperanza de que este libro sirva para reafirmar su mutua dedicación a la bondad amorosa como máxima expresión de la fe. Los once capítulos exploran las cuestiones que considero más esenciales en esta búsqueda.

Cada capítulo se divide en cuatro partes. La primera parte sirve como una especie de «invocación», en la que invito al lector a una relación personal con el tema. Puede que el lector se identifique o no como la segunda persona a la que me refiero, pero mi objetivo es ser lo más inclusiva posible, para que incluso las personas que no se consideran religiosas en modo alguno puedan encontrar un punto de acceso adecuado a estas corrientes de sabiduría.

La segunda sección es una visión general del tema desde la perspectiva de las tres religiones abrahámicas, en la que identifico sus respectivas posturas e intento encontrar el terreno común entre ellas. Es importante que el lector sepa que no he tratado de ser exhaustiva en mi selección de material. Puede que haya excluido enseñanzas bíblicas y referencias coránicas que el lector consideraría esenciales. Miro estas cuestiones a través de mi propia lente, por definición teñida por mis propias experiencias, prejuicios y deseos.

La tercera sección son memorias. Esta es la parte más arriesgada para mí. Todos mis anteriores libros han sido traducciones o reflexiones sobre las enseñanzas de sabiduría de otros, y he evitado compartir episodios de mi propia vida o exponer mis creencias personales. Sin embargo, lo que anhelo cuando leo sobre el camino espiritual son historias sobre personas reales que, como yo, han luchado

con la Divinidad en un esfuerzo por abrirse paso hasta el final. Así que esta vez ofrezco destellos de mi propio viaje, no como alguien que ha llegado a alguna parte, sino como una compañera de viaje que aún está sumergida en la aventura. También incluyo historias de personas que conozco y quiero, que representan un aspecto concreto del tema en cuestión.

En la última sección, he seleccionado ejemplos que considero que encarnan las cualidades principales del valor espiritual que ilumina el capítulo. He elegido personajes bíblicos y figuras históricas, en lugar de seres contemporáneos, porque las personas vivas siguen siendo obras en proceso. Estas narraciones son hagiográficas, más que estrictamente factuales. La palabra «hagiografía» se refiere a los relatos de la vida de santos y otras mujeres y hombres piadosos a los que se considera especialmente impregnados de lo sagrado. Como tales, a menudo son elevados y apartados del resto de nosotros, y su función como guías en nuestro propio camino resulta contraproducente porque no podemos identificarnos con ellos. Así que he intentado hacer que estas grandes figuras sean lo más accesibles posible, manteniendo al mismo tiempo lo más sagrado, impecable y revolucionario de sus vidas.

Si he sido demasiado reverencial en estas páginas, permíteme asegurarte que no es solo una actitud que adopto con las personas piadosas reconocidas; veo a casi todas las personas que conozco como extraordinarias de alguna manera. Mi marido lo llama «el síndrome del maestro de Mirabai». Siempre estoy presentando a la gente como «un

poeta brillante», «un pintor de gran talento», «la mejor profesora de meditación que he conocido», «la madre de ese niño asombroso del que te hablé», «la activista por los derechos de los animales más influyente al oeste del Misisipi». Algo en mí reconoce algo en el otro como importante y bello, y menciono este atributo para que sepan que al menos una persona percibe y reconoce la luz que hay en ellos. Si me encontrara contigo, también me postraría a tus pies.

Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.

— Deuteronomio 6:5

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará.

— 1 Corintios 13,4-8

Dios es amor, del amor se hizo el mundo,
y al amor vuelve todo;
el amor une los diferentes átomos en formas,
el amor mantiene las células de los cuerpos como
una unidad,

hace posible las maravillas de la vida que crece,
convierte al hombre en un universo en miniatura,
y congrega a todos los hombres en fraternidad;
del amor, el panorama completo de la vida.
Su ausencia conduce a la muerte, a la guerra, al
fratricidio.

Esto no es un misterio para el corazón despierto;
la paz en la tierra para los hombres de voluntad
universal,
que se elevan por encima de sus limitaciones egoístas
y ven el mundo como Dios quiere que lo vean.

— Murshid Samuel Lewis, *The Jerusalem Trilogy:*
Song of the Prophets